

# COMO EXPLOTAN A LOS MAL LLAMADOS MOROS

entra en una complicada red deshilachada por muchos cabos. La mayoría habían intentado entrar en Francia de una forma «ilegal» y al quedarse aquí queda con ellos también su situación de ilegalidad ante las Leyes españolas.

La mayoría, introducidos en España como «turistas», deberían presentar la renovación de su permiso

**P**OR mi barrio circulan árabes deprimidos, de ojos cansados y hundidos, con una bolsa repleta de chucherías en un brazo, tres o cuatro alfombras sobre el hombro y en la otra mano un juego de puñales sobre un escudo de cuero. Pasan abisortos, mirando sin comprender, a la vez que ofrecen su poco atractiva mercancía: «Oye, paisa, ¿compras?».

También pasan, a las doce de la noche, tras el camión de la basura, recogiendo bolsas de los portales y capazos de granzas de los bares. Siempre van serios. Casi nunca hablan, y cuando miran, parecen asustados. Como si nosotros, todas las personas que los miramos con recelo estuviéramos dispuestos a conspirar contra su propia seguridad. Lo cierto es que entre nuestra gente ha ido cambiando poco a poco la idea que de los árabes tenían. Después de 1967, año de inicio de la emigración africana, hasta 1973, no es extraño encontrarse con norteafricanos en la parada del «metro» o en el rellano de la escalera. La fuerte emigración registrada en los países africanos, que permitió que en 1970 pasaran solamente por el puerto de Algeciras 56.000 inmigrantes ha ido haciendo normal su presencia en los núcleos urbanos más poblados e industriales. Barcelona y su provincia figura en primer lugar, seguida de Madrid, Bilbao y, en menor escala, Valencia. Son las ciudades que se encuentran «de paso» para lo que hasta 1971 era el objetivo claro: los países de la Comunidad Económica Europea. Pero sólo hasta 1971. Las condiciones impuestas por el Gobierno francés para regular la emigración, además de provocar innumerables atropellos a la dignidad humana de muchas personas, suponen una auténtica barrera para la corriente emigratoria. En las Aduanas de Irún o Port-Bou quedaba cortado el paso a unos hombres que en una situación marginal económica y social debían buscar cualquier forma de sustento, aunque fuera de la forma más reprochable.



«A nosotros sólo nos dan lo que nadie quiere, los trabajos peligrosos, donde hay muchos accidentes».

Los norteafricanos que quedan interceptados en la frontera de Girona se distribuyen por la provincia catalana (debe haber más de cuarenta mil (1), y concretamente en Barcelona, donde un cálculo facilitado por el director general de Em-

## Diez mil no tienen «los papeles en regla»

En la provincia se extienden por las poblaciones que componen el cinturón industrial de Barcelona:

### EUGENIO MADUÑO

pleo sitúa el número en 5.000. En Barcelona (ciudad) se concentran prácticamente en el distrito primero (Barcelona-Santa María del Mar) y en el quinto (Barrio Chino), donde pernoctan y malviven en unas condiciones infrahumanas en la mayoría de los casos.

(1) y (2) CUADERNS DE PASTORAL. Agost, 1973.

Santa Coloma de Gramanet, Sabadell, l'Hospitalet de Llobregat, Cornellá, Badalona...

Para algunos empezó hace unos años, y para otros empieza ahora el penoso trabajo de encontrar «mastresa», de encontrar trabajo, de refugiarse de la policía para que no descubran su situación ilegal.

A partir de este momento, la situación de los trabajadores árabes

cada tres meses, pasados los cuales deberían abandonar España y regresar luego, por otro período igual, si les interesara. Pero a ningún trabajador marroquí puede interesarle esta disposición. Optan por quedarse, con el miedo a la vuelta forzosa acompañándoles. Saben que por los senderos sinuosos de la burocracia, los trámites se hacen eternos. Y viven, si eso es vivir, al margen de toda disposición.

Mientras el primer semestre de este año el Ministerio de Trabajo concedía 2.252 certificados de trabajo para trabajadores norteafricanos, son casi 10.000 los que viven en España sin control legal de ningún tipo. Todos ellos carecen, por tanto, del permiso de residencia y el contrato de trabajo extendido por el Ministerio de Trabajo, que les permite «tener los papeles en re-



gla» ante cualquier situación legal que les obligue a identificarse o reivindicar sus derechos como cualquier otro ciudadano.

De los 5.000 africanos que trabajan en Barcelona, sólo 649 estaban trabajando, tomando como fecha tope el 30 de agosto, con el permiso correspondiente. Cuatro mil trescientos cincuenta viven en el anonimato. Con unos problemas humanos, económicos y sociales que, como veremos, sólo pueden ser comparados con los de otros emigrantes en países europeos, pero mucho más desamparados por no tener ninguna organización que los respalde, ni ningún grupo social que los defienda.

Los trabajadores norteafricanos que residen en España tienen una edad media de veintiséis a treinta y cinco años, en su mayoría son hombres con unos valores familiares concretos, por lo que lucharán para llevarlos adelante. El nivel cultural medio es bajísimo, aunque también se encuentran, sobre todo entre los más jóvenes, a algunos con estudios medios y conocimientos de dos o tres idiomas. El castellano, no obstante, representa el primer esfuerzo para hacerse entender, exceptuando a algunos que, por haber vivido dentro del antiguo Protectorado Español de Marruecos, tienen una ligera idea sobre su pronunciación. De todas maneras, por proceder de países subdesarrollados, se encuentran con toda clase de barreras que, si bien empiezan por el idioma, acaban siempre en el desconocimiento completo de sus derechos laborales.

Unas estadísticas recientes de alfabetización en los tres países con mayor índice de emigración demuestran a las claras cuál es la preparación cultural que traen los emigrantes para enfrentarse con las normas de una sociedad diferente (2).

Porcentaje  
de analfabetos  
sobre  
población real  
(%)

Marruecos ... ..	87
Argelia ... ..	90-85
Túnez ... ..	16

### Emigrantes en casa de emigrados

Pero vamos a dejar a un lado las estadísticas frías y los porcentajes calculados en oficinas esta-



tales. Los mal llamados, ofensiva, inconscientemente muchas veces, moros, están en la calle. Los que son fruto de aquella declaración oficial: «La oferta de trabajo se hará primero a los obreros del país, después a los españoles en el extranjero y, finalmente si los puestos son desechados, a los extranjeros», están en el bar de la esquina, vagabundeando en la estación de Francia de Barcelona o intentando colocar «alfombras de Marruecos» fabricadas en Mataró en el mercado de abastos.

Nos introducimos en una pequeña barbería del suburbio barcelonés. De las de rayitas azules y rojas en el quicio de la puerta. Atravesamos los sillones giratorios y bajamos unos escalones húmedos, de cemento negro con baches y oscuridad eterna de sótano, de barraca construida por emigrantes andaluces, ahora habitantes de pisos de 900.000 pesetas «a plazos» y 750.000 «a tocateja».

Una bombilla de 40 W. alumbraba una mesa vieja y un aparador de vidrio, desconchado por la humedad. Una cocinita que es un pasillo bien aprovechado, cajas de galletas llenas de trapos, un hornillo de butano, dos perchas y tres cortinas que hacen de puerta, que separan la intimidad de una habitación de la otra. Cuatro árabes atareados en hacer una sopa que tomarán más tarde, a la hora señalada por el Ramadán, y un magnetofón a pilas, que repite —para mí, siempre lo mismo— notas y notas de la querida Shell. Del moro Mustafá.

—¿Por qué os vinisteis?

—A mí no me faltaba casi nada, ora joven y quise conocer la vida. Pensaba volver cuando fuera grande y ser algo en mi pueblo.

—Pues yo salí como de vacaciones, con un salvoconducto. En Barcelona se me acabó el dinero y tuve que empezar a trabajar. Luego me gustó. Ahora conozco catalanes, marroquíes y castellanos y con todos me llevo bien. Nosotros allí no vivimos mal, pero los pobres —como aquí los españoles que se van al extranjero— salimos de nuestro país para ganar dinero.

—¿Y habéis encontrado lo que buscabais?

—La España antes estaba buena, pero ahora está cambiando. Los que no tenemos oficio no podemos ahorrar ninguna peseta, porque casi no tenemos dinero para la «mastresa». Y los empresarios de la construcción no pagan todos los derechos como dice el Gobierno.

—Es que venimos sin saber hablar castellano, ni conocemos dónde



está el Sindicato, ni para qué sirve, ni nada. Yo, hasta que no lo supe estuve mucho tiempo sin hacer vacaciones, ni cobrar el dieciocho de julio, ni la paga de Navidad, y sin saber ninguno de mis derechos.

—Habrá quien se cansen de tanto aguantar...

—Algunos se vuelven en cuanto ahorran para el viaje, porque aquí han llegado a vivir peor que allí. Otros no han podido aguantar que se rían de ellos y los traten como a bestias.

### Una explotación vergonzosa

—Por desgracia, la gente os tiene miedo. Piensa que todos sois unos navajeros, o unos ladrones. Y os rechazan con desconfianza, dudando de vuestras intenciones...

—Algunos sí hacen cosas que no están bien, pero eso no quiere decir que todos seamos iguales, porque, a lo mejor, de cada cien que venimos hay cuatro que no les gusta trabajar, pero por eso no nos pueden juzgar a todos como a vagos.

—Lo que pasa es que la gente es mala. Nosotros, allí, no tratamos mal a los españoles, porque casi todos viven mejor que nosotros. Son los jefes y los de los bancos. Allí viven mejor que aquí, en la España.

—Desde luego, aquí nos encontramos solos ante todo. Muchos venimos a trabajar para mandarnos dinero a nuestra mujer y nuestros hijos, y mientras no encontramos trabajo pasamos hambre y de todo. Los habrá que para comer roban. ¿Pero tenemos la culpa nosotros? Aquí, a nuestra «mestresa», vinieron dos paisanos que no tenían dinero, y entre nosotros les vamos dando para comer mientras se pasan el día recorriendo obras para encontrar trabajo. Así llevan un mes y aún no han encontrado. Pues, mira, aún han tenido suerte de encontrarnos, porque si no, ¿qué debían hacer para comer?...

—¿Que por qué no encuentran? Pues porque son árabes. A nosotros sólo nos dan lo que nadie quiere. Los trabajos peligrosos, donde hay muchos accidentes o donde has de tomar leche, porque si no te envenenan.

Mohamed Hamed Uriachi, más conocido por sus vecinos como «Kuriaki», se ofrece a explicarnos la historia repetida a diario.

—Yo entré de peón en una obra y luego, cuando aprendí, me pusieron de oficial, e incluso mandaba a otros peones. Pero seguía cobrando como peón. Me robaron sin yo saberlo. Luego entré de encofrador, y después de pulidor en una empresa que no tiene horarios. Siempre trabajan. Hacía trece, catorce o quince horas diarias los primeros meses, pero vi que a ese ritmo pronto enfermaría. Allí traga-



El «patrón», en este caso, alquila su antigua barraca a los que, como él hace veinticinco años, emprenden la tarea de sobrevivir entre otra gente.

## COMO EXPLOTAN A LOS MAL LLAMADOS MOROS

mos mucho polvo, y se sabe que al pasar el tiempo te cogen enfermedades en el pecho. La empresa no nos da mono, ni guantes de protección, ni tan siquiera leche. Nos pagan un tanto por cada pieza que hacemos y dicen que en ese dinero va incluido todo lo demás. Está claro que las treinta que nos paga a él le representan cien. El jefe, sin mancharse ni enfermar por el polvo, se queda setenta. Y nosotros, además de pagar la pensión, comer en un bar y vestimos, hemos de descontar de las treinta el gasto de la leche, los guantes, los zapatos y los monos...

—Los que traen «arreglados» los papeles deben encontrar menos dificultades que vosotros...

—Esos trabajan en empresas grandes, como la Seat, porque saben un oficio de mecánico, tornero o carpintero.

### Carne de cañón de los prestamistas

Todo no acaba en la explotación vergonzosa a la que se ven llevados muchas veces, como hemos visto, ajenos a ella por desconocer a todo lo que tienen derecho. Las empresas que contratan africanos sin tener los papeles en regla son castigadas por el Ministerio de Trabajo con multas de 25.000 pesetas. Ya en 1972 se impusieron 24 millones de pesetas en multas, y a finales de julio de este año la cifra sube a 25.128.705 pesetas; pero no por ello la actividad ilegal ha desaparecido. Actualmente se halla pendiente de ser confirmada una sanción por valor de 850.000 pesetas a una empresa catalana por la contratación fraudulenta de más de treinta trabajadores marroquíes.

Cuando los cogen para trabajar les hacen firmar contratos en blanco que terminan a los tres meses, pasados los cuales les despiden sin más. Para cubrirse legalmente los inscriben en el Instituto Nacional de Previsión, sin que esto suponga legalizarles la situación.

Siguen careciendo de los demás papeles, pero cotizando como todo hijo de vecino.

—Eso ocurre a menudo —ataja Mohamed Cbdane—, pero lo cierto es que muchos no estamos asegurados. Yo mismo llevo más de tres meses conveiente porque tuve un accidente con mi moto. Me curaron en el Hospital de San Pablo, pero porque el marido de mi «mestresa» me llevó a una asistente social, porque no tengo seguro. Ahora estoy sin trabajo y no cobro nada. Me mantengo de lo que me dan mis paisanos y de los platos de sopa que me traen.

La superexplotación, el reducto más vil de explotación del hombre por el hombre, la carroña que trata al hombre como mercancía, y que no obstante es una pieza fundamental del desarrollo capitalista, tiene un nombre: el prestamismo.

Totalmente prohibido por un Decreto-ley de finales de 1970, el prestamismo sigue funcionando en un complicado embrollo tan sutil como difícil de dismantlar. Con el Decreto, sólo se suprimió la presencia física de los obreros en paro de la plaza Urquinaona y otros sitios de Barcelona. El prestamista sigue operando, ahora con una cobertura mucho más camuflable. Sigue haciendo firmar contratos en blanco, quedándose con el 50 por 100, la mitad del salario del trabajador, que no podrá nunca escaparse de la trampa porque es el propio prestamista quien le paga. La empresa para la cual trabaja el emigrante abona un salario medio de 50-70 pesetas/hora, pero quien realiza la «faena», o sea, el trabajador norteafricano, recibe sólo 25-35 pesetas por hora trabajada. A esta actividad denigrante se dedican entre veinte y treinta empresas barcelonenses.

Pero volvamos con Mohamed, con «Kuriaki», con Cbdane... Ellos son los hombres concretos, la carne de cañón de todo el tinglado.

—A un paisano de Nador lo echaron de una empresa de esas. Vino a verme porque después de nueve meses trabajando no había ahorra-

do nada y quería largarse al pueblo. Me explicó el caso. Y fuimos los dos a la empresa. El amo no nos quería recibir, pero cuando oyó algo que yo dije de «ir al Sindicato» salió del despacho y nos hizo entrar. Le dije que tenía que haberlo asegurado y pagarle lo que le correspondía de indemnización si es que quería despedirlo. El hombre se puso colorado y de mala leche, pero soltó quince mil pesetas. Mi paisano no quiso pedir más, porque con eso tenía para el viaje, pero si lo hubiéramos denunciado le habría salido más caro.

### Del racismo al odio

—Aquí encontráis problemas al relacionaros con la gente; pero, vaya, después de seis o siete años habréis podido hacer amigos...

—Aquí nos encontramos de todo, porque la gente, como te decía antes, nos trata a veces como si no fuéramos personas. El otro día iba en el autobús con unas amigas y amigos y subí en una parada un argelino. El hombre no sabía leer ni hablar español, y por eso no se dio cuenta de que por ser domingo el viaje valía una peseta más caro. El cobrador no se hizo esperar. «Oye, tú —le dijo—. ¿Qué quieres? ¿Engañarme, hijo de perra? No teñan que dejaros entrar aquí, ladrones, porque no tenéis educación ni sabéis comportaros como personas». Yo no me pude aguantar. No le rompí la cara para demostrarle que tenía más educación que él. Pero mi paisano no supo qué hacer. Se limitó a mirar, asustado, de un lado a otro, agarrando el monedero fuerte por temor a que le estuvieran engañando.

—Es más la gente que os trata con odio que no los amigos...

—Esto ocurre en toda España. Igual ocurre en los bares, donde nos dan los restos de las comidas, o en las pensiones, donde nos cobran carísimo muchas veces por cuatro paredes, un somier y un water para cinco.

«Kuriaki», el más reflexivo, sereno y, como descubrimos después, religioso, parece ser el que mejor ha asimilado la filosofía del golpe:

—Yo tengo buenos amigos que son catalanes o castellanos, y con ellos me llevo bien y nos respetamos. Pero hasta de esos he tenido que desconfiar, porque ya tuve una experiencia amarga.

—Eso te pasa por confiar —le corta Cbdane—; yo he aprendido a no fiarme ni de mi padre.

—¿De mí tampoco? —le espeto.

—Ni de ti ni de nadie. Yo no tengo amigos. Antes tuve confianza con todos, pero ahora con nadie. Cuando salgo a la calle voy solo y mucho más seguro.

La situación social en que se encuentran incide directamente en su carácter y en la forma de ser.



Es lógico volverse hostil en un clima de hostilidades permanentes. Esa hostilidad hacia los otros les mantiene Incomunicados con sus vecinos, y mucho más con las entidades o grupos que inciden en el barrio o la empresa donde trabajan. Incluso con las chicas.

—Yo —dice Mohamed— he tenido cuatro novias, pero ninguna de ellas estaba dispuesta a irse a vivir a Marruecos. Además, he visto que la vida está demasiado cara como para pensar en casarse, en buscar piso... Demasiado me las deseo para ir tirando yo sólo.

—Pues yo no estoy de acuerdo —le apostilla «Kuriaki», porque tengo novia formal y quiero casarme con ella. Si, sí, es catalana y, como yo, opina que cuando hay amor no importa el color de la cara.

«Pero tuve otra, ¿sabes? La madre no consintió en que se casara con un árabe porque somos de otra religión. Por eso la tuve que dejar.

### Querían pasaporte y no trabajo

—Os encontráis en tierra de otros. Todas las cosas os son adversas, y hasta el futuro, después de seis o siete años, promete ser hostil. Estoy pensando que, interiormente, todos quisiérais volver...

—¡Pues claro! Si yo pudiera ganar cien pesetas diarias y estar junto a mi madre, seguro que volvía.

—Antes habíais dicho que allí no se estaba tan mal...

—Allí están bien los que tienen enchufe o dinero. Con enchufe puedes conseguir trabajo, aunque no tengas estudios. Si tu padre tiene dinero, también.

—Es que allí no hay trabajo como aquí, y los jornales no dan para vivir.

—Pero Marruecos, por ejemplo, tiene minas, un subsuelo rico...

—No, no..., ¡alto! En un pueblo marroquí fue alguien a instalar una fábrica y el alcalde llamó a la gente para decirles que en adelante no tendrían que irse a trabajar fuera. ¿Sabes qué pidió la gente?: pasaportes. Querían pasaportes, y no trabajar y pasar hambre en las minas.

—¿Tan difícil es conseguirlo?

—Si tienes dinero, no. En total, un pasaporte no vale más de doscientas setenta y cinco pesetas oficialmente; ¿pero sabes cuánto están pagando por él los que quieren venir? ¡Hasta treinta mil pesetas! Si metes quince o veinte billetes entre los papeles de solicitud es probable que te lo den; si no, has de escaparte escondido.

### Una anécdota religiosa

—Nos habíais dicho que preparabais el Ramadán. Que tenéis que

ir a trabajar en ayunas y «plegar» antes para poder seguir las oraciones. ¿No creéis que es demasiado duro, que el Corán podía ser más flexible con sus hijos emigrantes?...

—El Ramadán lo cumple sólo el que cree en la religión. Aquí nos encontramos con el problema de que sólo nosotros tenemos necesidad de rezar a unas horas determinadas y los encargados no consienten que dejes el trabajo durante un rato para hacer oración. Por lo demás, es como todo: el que lo siente lo practica en su pensión, y el que no, tanto le da.

—Sí, sí, y luego, el mes que viene, en la Fiesta del Cordero, nos comemos un borrego, como dice el Corán —ríe Cbdane.

—¡Un borrego!, ¡je!, ¡je!, ¡un borrego! Si no lo podemos comer allí, aquí, no te digo... ¡Un borrego!, ¡je!...

La ironía es tan real como la vida misma. Como la humedad del techo y la mugre en las cortinas. Nos despedimos amigos, no prometemos nada, vamos indignados por haber descubierto la humillación. Volvemos a subir escalones, a atravesar los sillones viejos de barbería pequeña.

La «emigración salvaje», que hace vibrar de odio a la derecha francesa, está sacando las castañas del fuego, y los excrementos de las tuberías, cloacas y depósitos, a los españoles cristianos y antirracistas. El mismo día, después de las doce de la noche, un argelino descansaba sobre su carga de alfombras esperando el autobús: «País, ¿quieres...?». No le dejó terminar. «Qué, ¿de las de Mataró?», le dije. Me miró sin comprender, y volvió a insistir. «¿Quieres?».

No podía darle veinte duros porque parecería limosna, y él, como cualquier otro obrero del mundo, lo que quería es trabajo. Vender su fuerza y recibir a cambio una compensación justa.

Ni siquiera pudo entenderme. «Un negro entre nosotros —dijo en la sede de la Delegación Provincial de Trabajo el director general de Empleo— se ve mucho más y produce el espejismo de como si pasara varias veces».

No era un espejismo, sino un hombre, sólo uno, abatido por un día de trabajo agotador en el que, de recompensa, conseguiría veinte o treinta duros.

Me dieron ganas de decirle que se uniera a «Kuriaki», a Hamed, a Cbdane, a los cinco mil que hay en Barcelona. Que luchara para exigir sus derechos. Pero preferí callar. Con la impotencia de la frustración que provoca, de entrada, el no poder entender hablando, preferí dejarle en el anonimato. Consolándome, eso sí, pensando que hay gente, como en Francia, que se une a su lucha. Que no los excluye. Y les realizan como personas ayudándoles a formarse peleando.

■ E. M.

Si no se conforma con buenas palabras...

# Escuche un AUDIOLIBRO

El AUDIOLIBRO le ofrece algo más que palabras: El AUDIOLIBRO pone al alcance de su vista y de sus oídos la palabra "en vivo", el relato directo, la música y las voces que proporcionan una nueva y sorprendente dimensión al libro... ¡un libro que hablará al oído!

TÍTULOS PUBLICADOS

(Serie juvenil)

**"LA MAQUINITA QUE NO QUERÍA PITAR"**

de Lauro Olmo y Pilar Enciso

**"VIDA Y MUERTE DEL DONCEL"**

de Carmen Bravo-Villasante

(Serie adultos)

**"LOS ROMANCES DE CARANDELL"**

de Luis Carandell (Temas de actualidad)

**"ANTOLOGÍA TOTAL"**

de Angela Figueroa (Poesía)

CVS EDICIONES

